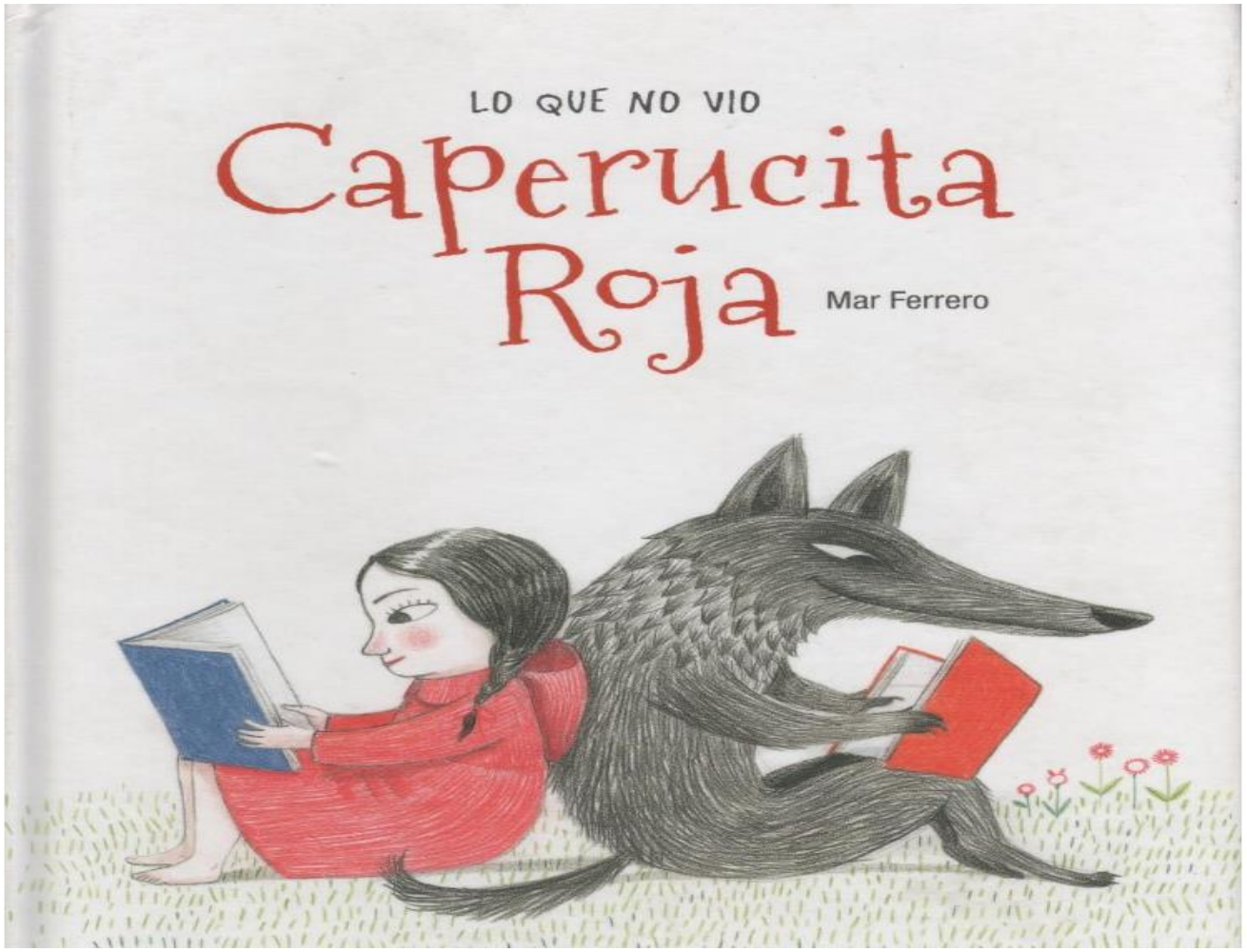
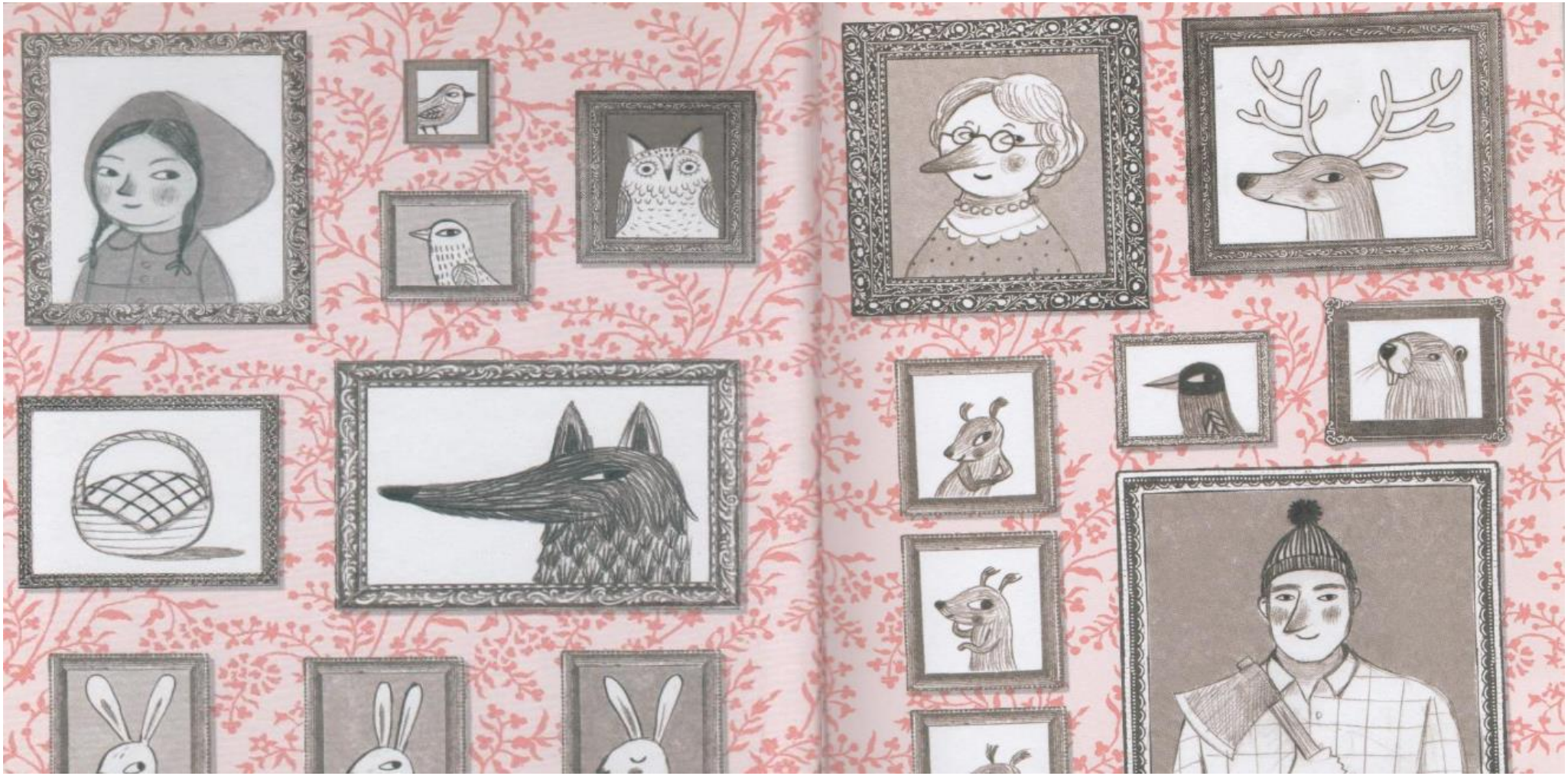
LO QUE NO VIO

# Caperucita Roja

Mar Ferrero





# Caperucita

Tengo nueve años y vivo
con mis padres y mi hermana
mayor en la casa azul
que hay junto al bosque.

Me gusta mucho leer
y me gustaría tener un perro.
Mi color favorito es el rojo:
mi cepillo de dientes es rojo,
mi mochila del colegio es roja
y mi taza para el desayuno es roja.

Cuando cumplí ocho años, mi madre
me hizo un abrigo rojo con caperuza. Me gusta
tanto que me lo pongo todos los días.
Por eso todo el mundo me llama Caperucita Roja.

Como mi hermana está
en una «etapa difícil» (eso dicen
mis padres) y se pasa el día
encerrada en su habitación escuchando
una «música horripilante», siempre
tengo que hacer yo los recados,
así que aquel día mi madre me mandó
a casa de la abuela con una cestita
llena de cosas ricas.

—No te entretengas —me dijo—,
que no quiero que se te haga de noche
en el bosque.

El bosque olía de maravilla. El suelo estaba lleno de flores y los pájaros cantaban sin parar.

Yo cerraba los ojos para escuchar mejor a los pájaros, luego los abría para contemplar las nubes, los cerraba para oler mejor las flores y la corteza húmeda de los árboles, los abría para disfrutar de los colores de la primavera, los cerraba para sentir la hierba mullida en los pies, cuando...

«¡Paf!».

Tropecé con algo peludo y apestoso y me caí.

# El lobo

Estaba buscando trufas en el bosque
cuando se me echó encima una niña vestida
con una caperuza roja. Me pegó
un susto de muerte, porque los humanos
tienen la manía de atacarme.
Siempre que me ven me tiran piedras,
me disparan, me ponen cepos...

Iba a salir corriendo, pero vi que ella estaba más asustada que yo. Se había raspado las rodillas y todo lo que llevaba en la cestita estaba desparramado por el suelo, así que la ayudé a recogerlo.

Mmm... Cuando me llegó el aroma a chorizo se me hizo la boca agua.

«¡Corre! —pensé—. ¡Coge el chorizo y corre!».

Yo creo que la niña me leyó la mente, porque me miró a los ojos y dijo:

—Es para mi abuela.

Me sentí un poco avergonzado y metí el chorizo en la cestita con todo lo demás.

—Gracias, señor —me dijo la niña—. Me llamo
Caperucita Roja y voy a casa de mi abuelita,
que vive abajo en el valle, en la casa roja junto al arroyo.
Mi madre le manda esta cestita bla, bla, bla, bla, bla...

Yo ya había dejado de escuchar y pensaba:
«Como no se vaya, le robo el chorizo».
Así que me di la vuelta y seguí escarbando a ver
si encontraba alguna trufa para consolarme.

La chiquilla resopló ofendida y se alejó.

Solo hallé un par de trufas más.
Cuando fui a meterlas en mi cesta
me di cuenta de que Caperucita
las había intercambiado sin querer.
¡Me había dejado la suya,
repleta de manjares! ¡Qué suerte!

Agarré el delicioso chorizo,
abrí la boca y...

Y no fui capaz de comérmelo
porque soy un lobo muy honrado.
Me dije: «Bien, le llevaré la cestita
a la abuela. A lo mejor me invita a un
bocadillo de este rico embutido
para agradecérmelo».

Entonces tomé la cestita
y corrí hacia el valle por el viejo atajo
que solo conocemos los lobos.

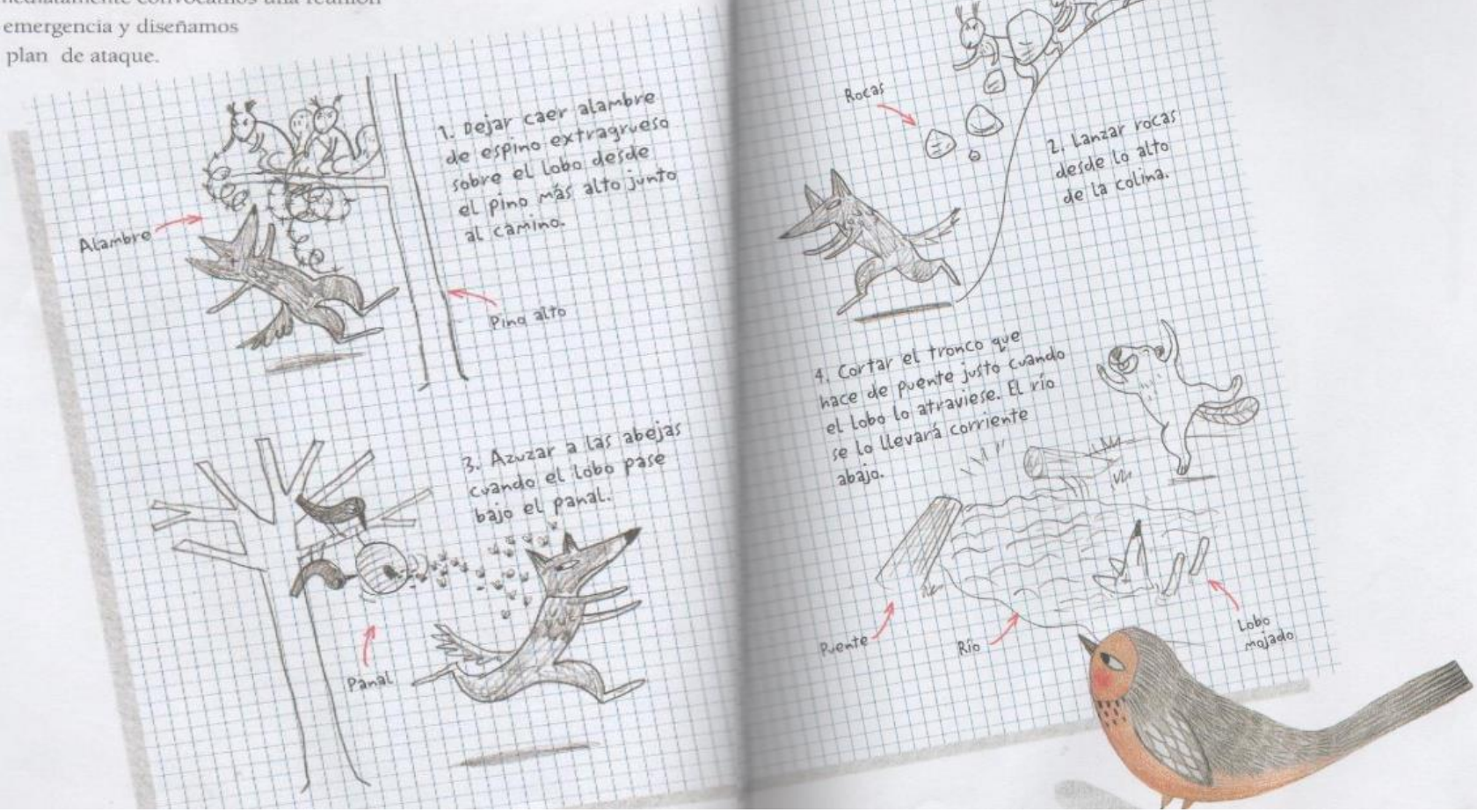
# Los animalitos del bosque

Nosotros conocemos el bosque como la palma de nuestras patas y estamos siempre al tanto de todo lo que sucede.

También sabemos, como todo el mundo, que los lobos son malos malísimos.

Por eso cuando vimos a aquel lobo peludo y apestoso hablando con Caperucita para después salir disparado hacia la casa de la encantadora y frágil abuelita, supimos que se las iba a comer a las dos y no iba a dejar ni los calcetines.

Inmediatamente convocamos una reunión de emergencia y diseñamos un plan de ataque.



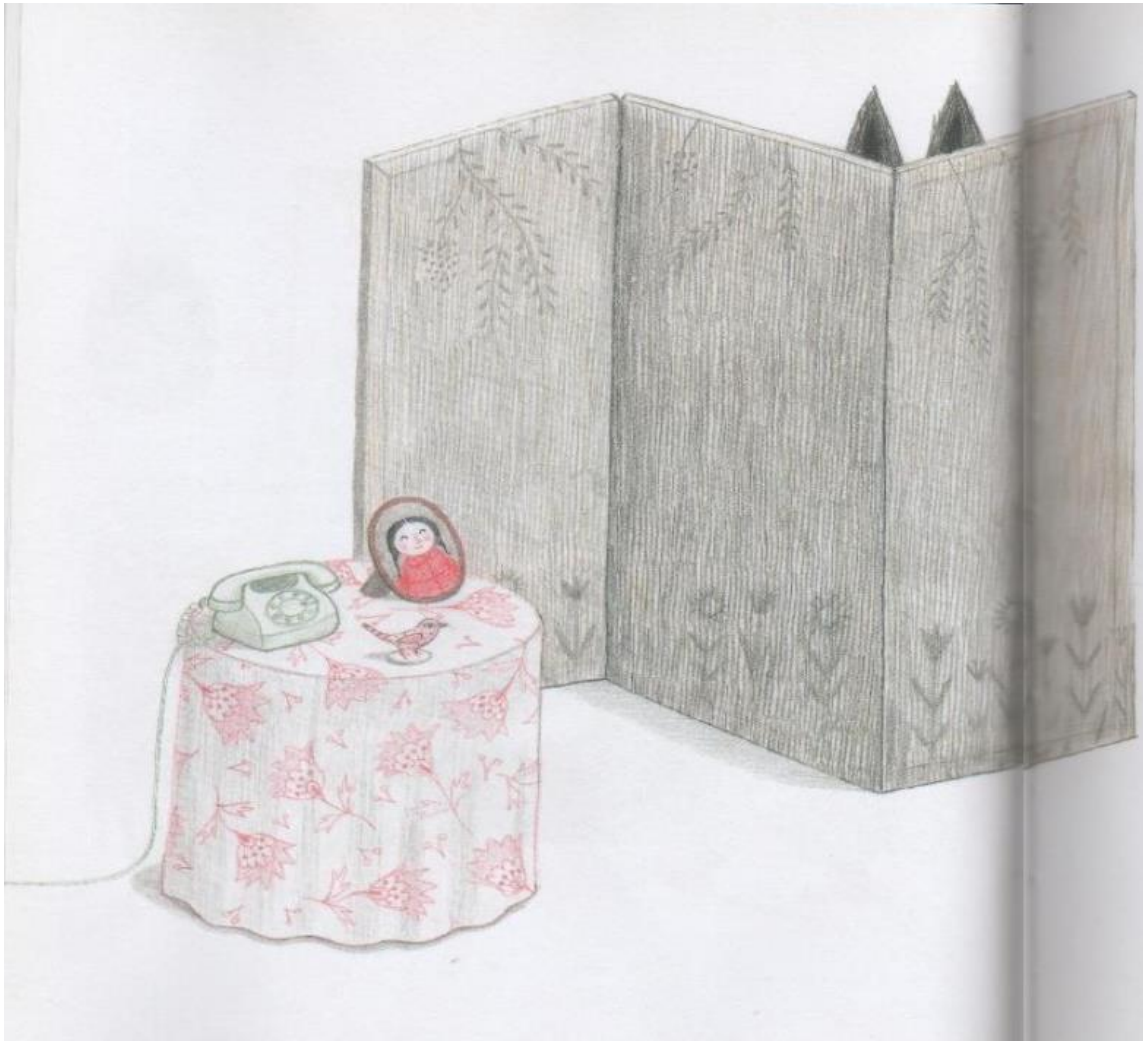
Pero el malvado lobo,
a pesar de nuestros esfuerzos,
consiguió llegar a casa
de la abuelita.

# La abuela

Cuando llamaron a la puerta, yo esperaba
ver a Caperucita, pero al abrir me encontré
a un ser peludo y maltrecho tendido
sobre el felpudo.

¡Oh, pobre, pobre lobito!

—¡Criatura, estás empapado! ¡Y lleno de heridas!
¡Y te han acribillado las abejas! ¡Y menudo chichón!
Pasa, pasa que te cure...



Fui corriendo a por el botiquín de emergencias.
Le puse ungüento en las picaduras de abeja, le apliqué
yodo en las heridas, metí unos hielos en mi gorro
de dormir y se lo puse en la cabecita para aliviar
sus chichones. Después le hice ponerse mi viejo
camisón de franela para que entrara en calor
(el muy presumido se resistió), le acosté en el sofá
y le tapé con una manta calentita.

Estaba en la cocina preparando el té, cuando volvieron a llamar a la puerta.

«Ding dong».

—Está abierto... —dijo el lobito con un hilo de voz.

Esta vez sí que era Caperucita.

—¡Oh, qué ojos tan grandes tienes! —oí que le decía al lobo.

—Son para verte mejor... —contestó el lobito.

—¡Oh, qué nariz tan grande tienes!

—Es para olerte mejor...

—¡Oh, qué orejas tan grandes tienes!

—Son para oírte mejor...

—¡Oh, abuelita, que boca tan...!

«¡¡¡Piiiiiiiii!!!».

La tetera comenzó a silbar. La coloqué en la bandeja, junto a las pastas sin azúcar, y entré con la merienda en el salón.

El lobito me miró preocupado.

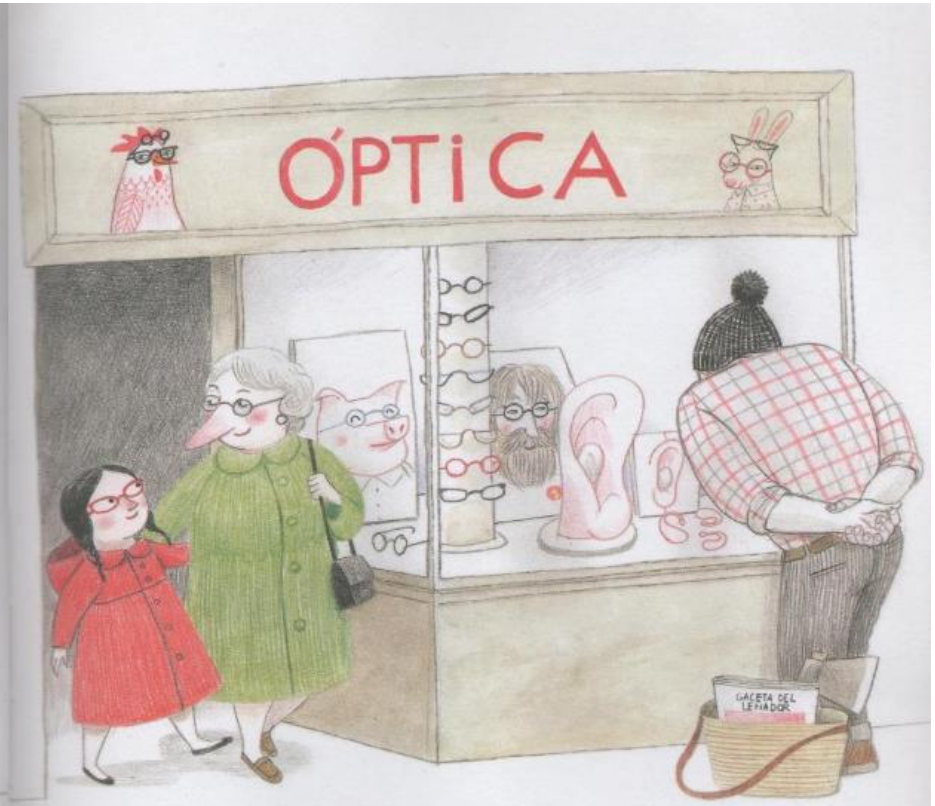
—¡Me ha llamado abuelita! —dijo extrañado—. ¡Esta chiquilla ve fatal! ¡Mira que confundirme contigo!

Entonces, yo levanté tres dedos.

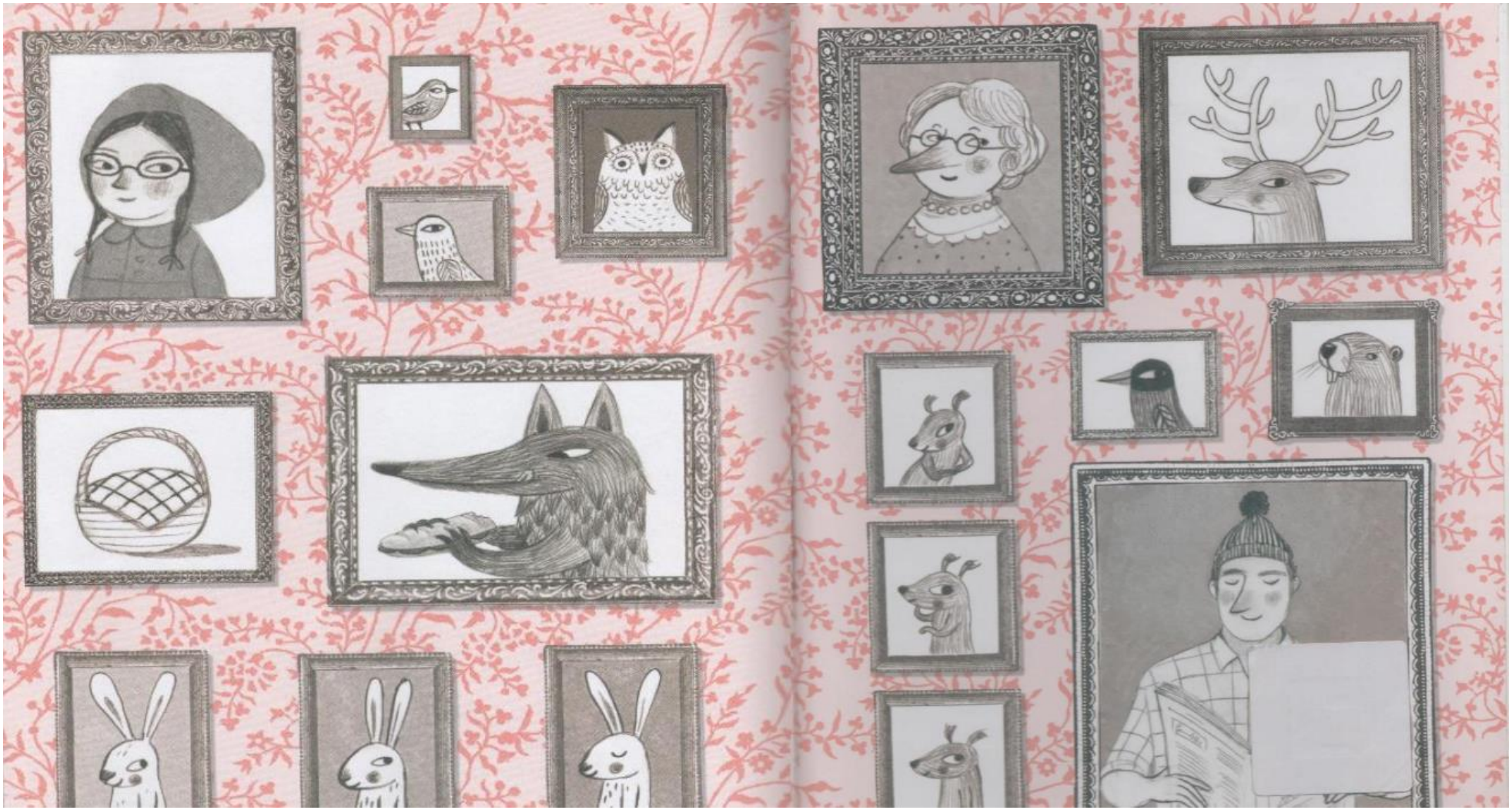
—¿Cuántos dedos ves, Caperucita?

—Dos —contestó ella alegremente.

Seguro que ya conocéis el resto de la historia…




El lobo se recuperó en pocos días gracias
a una dieta a base de bocadillos de chorizo,
y yo misma llevé a Caperucita al oculista,
que le hizo unas preciosas gafas de color rojo.



Un día Caperucita iba camino a casa de su abuela
con una cesta de comida, pero en el camino sucedió
algo que nadie se esperaba.

¿Qué pasaría si la historia de Caperucita Roja la contara el lobo?
¿O la abuela? ¿O los animales del bosque?
Al fin y al cabo, todo se cuenta según el cristal con que se mire.

ISBN 978-84-263-9086-6

ELVIVES